
PRESENTACIÓN

JAIME BALMES Y LAS CIENCIAS SOCIALES

Manuel José Rodríguez Caamaño

Universidad Complutense de Madrid

En el ciento cincuenta aniversario del prematuro fallecimiento de Jaime Balmes (1810-1848), esta reseña tiene como objetivos reconocer la relevante posición que le corresponde ocupar con todo merecimiento en la historia de la sociología española y destacar, en términos generales, ciertos aspectos de su obra que reflejan con transparencia la índole eminentemente sociológica de su pensamiento.

Balmes era un sacerdote inteligente y culto que había leído, por ejemplo, además de los pertinentes autores cristianos, y especialmente Santo Tomás, a Kant, Hume, Descartes, Comte, De Maistre, Bonald, Chateaubriand, Lamennais, Rousseau, Guizot y Owen. Sin ningún género de dudas, tales autores dejaron su impronta —tanto en su recepción como en la crítica— en este intelectual de Vic, sin mermar, por ello, la originalidad, refinamiento, sentido crítico y novedad que suponen sus planteamientos y la perspectiva adoptada en sus análisis. Fue un autor prolífico y en sus obras abarcó campos del saber tan diversos como la moral, la religión, la política, la economía, la filosofía, la demografía, la metodología de la ciencia, sociología, etc., etc. En este sentido, y admitiendo el cerrado y oscurantista contexto por el que discurría la sociedad y la mentalidad de su época, hemos de reiterar la sobresaliente importancia que tiene este autor en la historia del pensamiento y de las ciencias sociales españolas: Balmes es, a todas luces, un adelantado a su época.

La importancia de la producción intelectual de Balmes, que ha trascendido

más allá de nuestras fronteras, ha sido señalada, entre otros, por M. Arboleya, B. Argente, H. Auhofer, H. Barth, A. de Blanche-Raffin, A. Bonet, T. Carreras y Artau, M. Fraga Iribarne, J. M. García Escudero, S. Giner, I. González, J. Larraz, E. López Medina, M. Menéndez Pelayo, J. Ruiz-Giménez Cortés, Luis Saavedra y E. Tierno Galván.

Es conocida la fe cristiana, el talante conservador y la actitud científico-social positivista de Balmes; sin embargo, conviene matizar todos y cada uno de estos rasgos puesto que, en aquellos tiempos y en la figura de nuestro autor, adquieran una singular significación.

No cabe duda alguna que el compromiso de Balmes con la religión católica impregna el conjunto de toda su obra. Constituye el referente inquebrantable en torno al cual construye su discurso y su propia vida. Sus creencias religiosas se proyectan de tal manera que su influencia alcanza a todas las dimensiones y actividades que constituyen tanto la realidad íntima, personal y espiritual como la realidad material, externa y estructural. El catolicismo se erige de este modo en el eje ideal, que necesita cualquier hombre para orientar su vida y sus relaciones con los demás hombres y toda sociedad para evolucionar adecuadamente en su producción y reproducción en el transcurso de los tiempos. La religión, por medio de sus creencias y prácticas, proporciona el sentido simbólico, cohesiona a la comunidad espiritualmente y legitima todo tipo de relaciones existentes: la religión católica en Balmes cumple una función similar a la religión positivista en A. Comte. De la misma forma que este último, y a partir de su inquebrantable fe, observa la crucial importancia que tiene el fenómeno religioso en los colectivos humanos. La religión genera vínculos, permite la expresión de sentimientos, es depositaria de esperanzas y, al mismo tiempo, es un importante factor en el mantenimiento del orden social. Ahora bien, aunque en lo relativo a la religión católica Balmes adopta, en todo momento, la actitud propia de un creyente convencido y activo (a veces incluso desde la más pura ortodoxia), reservándole un lugar hegemónico en su sistema, como hemos apuntado, sus análisis nos permiten ir más allá y deducir una función social e ideológico-cultural en el hecho religioso. Compartimos la aseveración de E. Tierno Galván cuando, en un análisis sobre el autor en cuestión, afirma que, precisamente en este contexto, «cristianismo significa progreso y perfectibilidad social»¹ y que «además del progreso moral individual existe un progreso social colectivo, sin que haya entre ambos contradicción. Al contrario, hay una relación directa»². Salvador Giner, en términos análogos, señala que «como pensador cristiano, Balmes considera que la única comunidad ideal posible es la que se basa en los principios morales de su religión»³.

Se puede argumentar sobre un Balmes crítico de los ilustrados, las revoluciones y los revolucionarios. Sin embargo, ésta sería una imagen parcial puesto

¹ E. TIERNO GALVÁN (1962), *Tradición y Modernismo*, Madrid, Tecnos, p. 152.

² E. TIERNO GALVÁN, *op. cit.*, p. 152.

³ S. GINER (1994/9.a), *Historia del pensamiento social*, Barcelona, Ariel, p. 399.

que limita su mentalidad global a específicos aspectos de la misma. Para evitar reduccionismos estériles, derivados de interpretaciones unilaterales, proponemos un tipo de acercamiento que no pretende ser, en ningún momento, exhaustivo y definitivo. Una aproximación que se instale en la provisionalidad y reclame un ir más allá de ciertos supuestos, en general ideológicos, que desafortunadamente no contribuyen a su conocimiento. Rechazamos la existencia de una fórmula que permita rígidamente codificar la complejidad que suponen las relaciones entre un autor, su obra y el contexto histórico en que se realiza. Sugerimos una estrategia abierta, probablemente no exenta de ambigüedades relativas, compatible y complementaria de aquellas otras perspectivas que responden a los diferentes puntos de vista adoptados. Como muchos otros autores, «Balmes puede aparecer desde nuevas perspectivas, con nuevos aspectos, si le consideramos sin muchos de los prejuicios de carácter positivo o negativo que a resulta de él ha habido»⁴.

Por lo que respecta a su posicionamiento ideológico, Balmes encarna y representa un peculiar conservadurismo que exige establecer ciertas precisiones porque se distingue y diferencia de aquellas actitudes ideológicas reaccionarias y tradicionalistas, aunque no siempre pueda sustraerse de esas posiciones. Como puso de manifiesto E. Tierno Galván, «hay, si se quiere, dos Balmes. Hay un Balmes que por la apertura, la inteligencia y la sensibilidad es rigurosamente conservador; no de derechas, que suele ser la simple oposición a la izquierda, sino conservador con su edificio construido y sus posibilidades de apertura y comprensión. Un gran conservador, con un espíritu conservador ordenado que creó su propia filosofía social, con sus propias categorías, algunas de ellas impregnadas de un criterio claro, definido y aún hoy en muchos aspectos útil. Y había otro Balmes, que era el Balmes apologista, era el Balmes seguro de sus criterios dogmáticos religiosos, era el Balmes que mantenía principios intocables, porque pertenecían al ámbito de la fe. Pero incluso en este ámbito, no hay que olvidar que Balmes insistía en *El criterio*, para dar ejemplo, de la necesidad de que un conservador no incurra en el dogmatismo sino que sea conservador desde la apertura y la comprensión manteniendo su concepción del mundo sin dogmas»⁵.

En síntesis, Balmes responde con una mentalidad burguesa al entorno industrial y capitalista de su Cataluña natal, y de ahí que características de su conservadurismo sean extrapolables y compatibles con los principios conservadores que regían en algunos países europeos industrializados y, al mismo tiempo, resulten inéditas en la España de su época. Se muestra adversario de toda posición y pretensión revolucionaria y auspicia las transformaciones evolutivas. Es contradictor y crítico vehementemente del socialismo, hasta el punto que Salvador Giner ha observado que «Balmes, usando de la facultad analítica que él

⁴ E. TIERNO GALVÁN (1987), *¿Qué es el criterio?*, Vic, Servei de Publicacions de l'Ajuntament de Vic, p. 9.

⁵ E. TIERNO GALVÁN, *op. cit.*, pp. 24-25.

llama “buen sentido” —con la que intenta traducir la palabra catalana *seny*—, demuestra los elementos utópicos del pensamiento socialista temprano. En este sentido, su aportación es un precedente de la de Marx, aunque las conclusiones sean diferentes⁶. Su mentalidad conservadora es abierta, y defiende a ultranza las actitudes moderadas y tendencias reformistas que conduzcan al mantenimiento del orden social e incrementen la prosperidad y el bienestar. Balmes no es un pensador resignado, pues «en el terreno social descubrimos en él un espíritu que es sensible al problema de las desigualdades, y al desequilibrio en el reparto de la riqueza que se produce en las nacientes sociedades industriales»⁷. Luis Saavedra ha subrayado «la capacidad de Balmes como sociólogo conservador, sutil e inteligentísimo, para adelantarse con una perspectiva científica en el estudio de los movimientos sociales y buscar en el seno mismo del capitalismo los elementos evolutivos que impidan el triunfo de cualquier tentación revolucionaria»⁸.

El capítulo referido a la relación de Balmes con las ciencias sociales merece ser destacado, pues su aportación a la sociología, en particular, constituye una de las principales que se han realizado en la historia de la sociología española. Su producción sociológica es significativa por sus logros y por la modernidad que representa —hemos de hacer hincapié en que si la situación de Cataluña demandaba por su propio desarrollo y complejidad una ciencia de lo social, no se encontraba en la misma situación económica e industrial, en términos generales, el resto de la sociedad española, sumida en unas condiciones de subdesarrollo en general— en un contexto premoderno que remite a una situación y circunstancias que mantienen y favorecen el oscurantismo y, por lo tanto, limitan la función y el desarrollo del pensamiento sociológico.

En la formación científico-social de Balmes, uno de los pioneros de nuestra sociología, es observable la destacada influencia metodológica y conceptual que ejercen R. Descartes y A. Comte: la duda y el positivismo, respectivamente. Sin embargo y por razones obvias, no podemos detenernos en esta importante cuestión pues desbordaría los límites de la presente exposición. Por lo demás, E. Tierno Galván ha sido concluyente al respecto: «habiendo sido el aplicador sistemático del criterio cartesiano y habiendo sido el introductor de muchas de las categorías comtianas, ya por eso Balmes es una excepción y una excepción meritísima, que merece elogio y estudio»⁹.

La perspectiva que nuestro autor adopta, en sus análisis sobre la realidad social, es rigurosamente sociológica pues, además de aplicar los supuestos teóricos que rigen la metodología científico-social, incide en la necesidad de la *observación minuciosa*, la relevancia de la *experiencia* y el *experimento*, el reconocimiento de la relación *causa-efecto*, las afinidades entre las *partes* y el *todo*, la

⁶ S. GINER, *op. cit.*, p. 399.

⁷ L. SAAVEDRA (1991), *El pensamiento sociológico español*, Madrid, Taurus, p. 70.

⁸ L. SAAVEDRA, *op. cit.*, p. 74.

⁹ E. TIERNO GALVÁN, *op. cit.*, p. 12.

realidad de los *datos fijos*, la *estadística* como instrumento auxiliar indispensable, la *comparación*, etc. Asimismo, requiere de forma precisa, tal y como lo demandan los cánones científico-positivistas, que los esfuerzos del investigador tengan por objeto, único y exclusivo, el estudio de la *realidad de las cosas*. En todo momento se debe prescindir y, en su caso, eludir de las consideraciones sociológicas aquellas ideas o proyectos que en su distanciamiento y ausencia de realidad muestran tanto sus despropósitos como ser meros reflejos de sueños o ilusiones. Balmes, en *El criterio*, advierte que «si deseamos pensar bien, hemos de procurar conocer la verdad, es decir la realidad de las cosas»¹⁰ y, también, juzga que «el buen pensador procura ver en los objetos todo lo que hay, pero no más de lo que hay»¹¹. Se aprecia nítidamente que la actitud científica resultante es de carácter marcadamente positivista, por los referentes que supone y la manera en que se concreta. En este mismo orden de cuestiones es necesario puntualizar que Balmes es consciente de las dificultades que supone la investigación científico-social, a causa de la complejidad del objeto que integra diversos aspectos y relaciones y comprende factores de orden *moral, intelectual y material* que, de modo acertado, incluye en un todo que denomina *orden social*. El investigador debe analizar la realidad, desde la prudencia y mesura que reporta la sabia razón, limitándose a la descripción de la misma y evitando, en todo momento, caer en los errores de las especulaciones desmesuradas —cuestión distinta es la especulación científica— que distraen y apartan al analista del necesario realismo sociológico que debe practicar en sus investigaciones sociales: «El mundo real no es el mundo de los poetas y novelistas; es preciso considerarle y tratarle tal con es en sí, no sentimental, no fantástico, no soñador, sino positivo, práctico, prosaico»¹². Se trata, como proponía A. Comte, de *subordinar la imaginación a la observación*, aunque ello no sea óbice para que reconozca que «verdad es que hay en las ciencias una parte meramente especulativa y que difícilmente puede conducir a resultados prácticos; sin embargo, es preciso no olvidar que aun esta parte, al parecer inútil y como si dijéramos de mero lujo, se liga muchas veces con otras que tienen inmediata relación con las artes. Por manera que su inutilidad es sólo aparente, pues andando el tiempo se descubren consecuencias en que no se había reparado»¹³.

A partir de la existente sospecha hacia los desvaríos metafísicos, se hace necesario aplicar aquellos oportunos correctivos que conduzcan a una situación que limite la especulación a la realidad de los hechos: el practicante de las ciencias sociales debe tratar de alcanzar la objetividad y requisitos, indispensables, para conseguirla son el control de las *pasiones*, la crítica de lo *arbitrario* y la defensa de la *imparcialidad*. Y, todo ello, admitiendo que la concepción teo-

¹⁰ J. BALMES (1968/10.^a), *El criterio*, Madrid, Espasa-Calpe, p. 7.

¹¹ J. BALMES, *op. cit.*, p. 8.

¹² J. BALMES, *op. cit.*, p. 222.

¹³ J. BALMES, *op. cit.*, p. 227.

lógico-católica del mundo debe presidir y orientar, en último término, cualquier tipo de planteamiento.

Balmes observó anticipadamente, por una parte, que las ciencias huérfanas de criterios morales no colaboran con el objetivo y fin de la civilización ideal y, por otra parte, demandó la necesaria relación vinculante de las mismas introduciendo como guía y complemento, de todo tratamiento científico de la realidad, aquellos principios morales (cristiano-católicos) que deben regentar todas las esferas de la actividad humana, incluida la científica. En este sentido, el citado autor fue explícito al dictaminar que la cuestión fundamental es perseguir y tener como horizonte un perfeccionamiento de la sociedad (idea de progreso) y «entonces habrá el máximo de la civilización cuando coexistan y se combinen en el más alto grado la mayor inteligencia posible en el mayor número posible, la mayor moralidad posible en el mayor número posible, el mayor bienestar posible en el mayor número posible»¹⁴.

También apunta y fundamenta con rigor, la diferencia existente entre las ciencias sociales y las ciencias naturales y dota como objeto de las primeras el análisis de lo social, que abarca en su constitución como totalidad la interdependencia de lo material y lo cultural, practicado con un sentido operativo que discurra en el ámbito estricto de lo real. En cuanto a sus aplicaciones prácticas pueden resumirse en el objetivo general y relativo, señalado anteriormente, de lograr el bien común de la humanidad.

A partir de sus propias propuestas podemos derivar que su intención es globalizadora, remite a los hechos, demanda rigor conceptual, *precisión* en los términos a partir de su *transparencia*, *brevedad*, *concisión* y *sencillez* en las proposiciones —en este caso, su obra *El criterio* es sumamente reveladora— y, en concreto, aplica el método positivista.

Para finalizar, dejando al margen las disputas más o menos ideológicas, sugerimos una lectura abierta de su obra puesto que aspectos de la misma aconsejan detenidos análisis. Por ejemplo, sus referencias al sentido común —el orden social se construye y reproduce simbólicamente a partir de ese común sentido que es, a su vez, quien permite y facilita la convivencia que se expresa como consenso social a través de la intersubjetividad— representan, desde nuestro punto de vista, una valiosa, fructífera y adelantada contribución a la sociología de tendencia fenomenológica.

¹⁴ J. BALMES (1949), *Obras Completas*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, tomo V, p. 464.